



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12508

PREMIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extra-
joro.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Administración y Redacción, Mayor 24

MIÉRCOLES 15 DE JULIO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CONSECUENCIAS

El constante estado de huelga en que la clase obrera se agita esta dando sus naturales resultados.

Hace muchos días que se declararon en huelga los muelles de la ciudad con los cargadores y los secundaron varios oficios, viéndose desde aquel momento pobladas las calles de obreros sin trabajo.

El tiempo ha ido pasando; los recursos se han ido consumiendo y ante el espectro del hambre que llama a las puertas, los trabajadores que no quieren ser víctimas de un estado de cosas que ellos han contribuido a crear de un modo inconsciente, emigran a otras poblaciones en busca de trabajo.

De Zaragoza escriben en este sentido. Desde hace algunos días nótase la presencia de muchos obreros catalanes que buscan trabajo. Son los que buyen de la huelga, los que se retiran de la lucha por falta de paciencia, pero no el miedo que les inspira la colectividad.

Ellos trabajarían si no fuera por miedo a la coacción; se declararían vencidos ante el cuadro que ofrecen sus viviendas con sus hijos pidiéndoles pan; pero el amor propio y el temor de una agresión violenta de sus compañeros les impide acudir al taller, al muelle ó a la fábrica donde encontrarían desde el primer momento el pan que significa la paz de sus hogares.

En tanto, los directores de la huelga, los que se prepararon para la batalla y lograron imponerse al obrero ignorante, continúan luchando, sin ver que no van sus

golpes contra el aborrecido capital, sino contra el ejército de trabajadores que tienen a la espalda, del cual desiertan todos los que pueden. Ahí están para probar lo que declinan los obreros que invaden la capital aragonesa. Algunos —los menos— se colocan. Los demás no encuentran donde colocarse.

¿Qué pensarán esos obreros frente a la situación insostenible que se les ha creado? Ellos que se burlaban de los socialistas porque pensando con prudencia proclamaban que a la huelga debe irse cargados de razón y con caja llena ¿qué dirán?

Lo hemos dicho en muchas ocasiones: a la huelga debe irse en caso extremo y por motivos de importancia, pero nunca por cosas baladíes y menos por cuestiones de amor propio.

El fenómeno que se nota en Zaragoza, producido por la constante huelga de obreros catalanes, tiene antecedentes y tiene también sus consecuencias. No es la primera vez que se presenta, ni lo ocurrido anteaño en este muelle será el último caso de esa índole.

Por las frecuentes huelgas a que el amor propio induce a los trabajadores de los muelles de Sta. Lucía, véase muchos de aquéllos precisados a buscarse el jornal en otra parte. Al muelle de Alfonso doce atracan vapores. Allí hacen falta brazos que carguen y descarguen los buques y allí acuden ellos disputando a los obreros de otras sociedades a los que éstos consideran como suyos.

Pensando éstos como piensan los obreros de Santa Lucía, piensan bien. Los cargadores de minerales sostienen la huelga porque los pa-

tronos admiten obreros no asociados y al acudir ellos a distinto muelle, buscando ocupación, se encuentran en las mismas condiciones que aquéllos a quienes quieren expulsar. ¿Es esto justo?

El obrero quiere huir de una esclavitud y ha caído en otra peor. Ha abdicado su voluntad y es víctima de esa abdicación. Ha declarado guerra a los obreros no asociados, como si éstos no tuviesen derecho a la vida y no ha visto que hay armas de dos filos que al herir con ellas hacen tanto provecho como daño.

Todo esto es muy sensible, pero es irremediable si los obreros no caen en la cuenta de que se debe remediar.

La huelga es buena como remedio heroico; pero no puede serlo para imponer al jefe el obrero que se hace incompatible, ni para impedirle que emplee en sus trabajos a los obreros que prefiere.

En esa lucha se agotará el obrero, como se va agotando en Barcelona.

Y es lástima, porque a ningún fin práctico conduce.

TIJERETAZOS

Donde menos se piensa salta una sanguijuela.

A D. Trinidad Pérez le ha visitado una que se exhibe en «La Tierra».

A D. Narciso Ibáñez le ha visitado otra. Ignoramos si se generalizarán las visitas, pero sospechamos que todo eso responde a un agasajo de las empresas aguadoras.

Convencidos sin duda de que no sirven a sus abonados la cantidad de líquido a que tienen derecho, han buscado compensar de algún modo la falta, y han dicho:

—¡Ahí va eso!
Lo malo es que no avisan.
Y pudiera ocurrir algún día que cual-

quier abonado no se diera cuenta de la tal visita, hasta que la tuviera agarrada a la tripa.

¿No podrían anunciarse con boca la mano?

Hablando del asunto. Blasas Ibáñez-Soriano—léase deofio—dice un colega madrileño que se va a encontrar pronto en un aprieto al Sr. Dato.

Más le valiera estar durmiendo al ministro, que aguantar una interpelección de Nocedal sobre ese asunto.

Bien de verdad que el conde de Cebre muerde la lengua.

Y como al que arma el diputado integrista será gordo, podrá hablar el ministro sin que nadie lo oiga.

Apunta de las negativas de Bilbao, se habla de la próxima crisis.

«El Nacional» dice que no será muy honda: tres ó cuatro ministros a lo más.

¡Ahí se anda, media ministerio!

¿A qué llamará el colega orlaís henda?

¿A la que no deja sano ni a un solo ministro?

«La Patria» de Bilbao ha muerto y ha vuelto a aparecer otra «Patria» con iguales tendencias.

Y ya se ha enredado con el «Correo de Guipúzcoa», a quien llama «organo del carlismo cartagenero».

Y le llama otras cosas: mentecato y media, ignorante, pánfilo, insolente y lengua-rúa.

Es verdad que el «Correo» le llama a él hipocrita, embustero, mal patriota, seductor extranjero y otras cosas del mismo jor.

No hay palabra más camaleonesa que las de familia.

«La Patria» y el «Correo de Guipúzcoa» son parientes.

Los dos absolutistas.

El fin del aislamiento DE ESPAÑA

Fué muchos años el aislamiento nuestro ideal en política exterior. Aspirábamos a

vivir sin vida de relación, a lo vegetal, encerrados en nuestra casa so pretexto de cuidar y arreglar, y teniendo cada día más descuidada y desarreglada. En fuerza de hacer el muerto, logramos que por tal nos tuvieran: éanse los proyectos de liquidación del dominio colonial español, publicados por la Prensa europea y americana, desde 1868 hasta 1898, y los discursos de Salisbury y Chamberlain, a raíz de la liquidación misma.

El papel de Corea en Occidente era, en apariencia, el más seguro; en realidad, el más peligroso; pero, de todas maneras, o más cómodo, y, por tanto, el más en armonía con nuestro temperamento. Reducíase a no hacer nada: ¡una delicia!

La prensa, los políticos, los Ateneos, las Academias, miraban como cosa nefanda y peligrosa todo intento de acción exterior. Los centros, el relleno del organismo español, el tejido adiposo nacional—que algunos insensatos quieren convertir en hielos—señalan entre nosotros. Esto sin perjuicio de plantarnos en actitud amenazadora ante Inglaterra (1860) ante Francia (1881-83) y ante Alemania (1885). Y como nadie hiciera gran caso de nuestras arrogancias, acabamos por persuadirnos de que cobrábamos el barato en Europa y América. Razón de más para no tratarnos con las otras potencias.

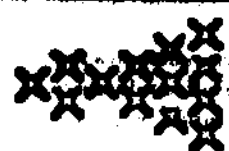
¿No habíamos insultado y provocado a los más poderosos imperios? Pues entonces ¿qué cultivar su amistad? Ya recurrimos a nuestro fuerte brazo cuando se vieron en un aprieto. Nosotros no necesitábamos de nadie.

Este estado que, sin exageración, podemos denominar patológico del espíritu público, explica el estancamiento con que afrontamos las guerras coloniales y su natural consecuencia, el cheque en blanco a los Estados Unidos.

Apata ó inercia profunda, con intervalos de sobreexcitación violenta y casi inconsciente: un caso bien definido de neurastenia grave.

No diré que la enfermedad nos haya curado. Sembrante afirmación sería temeraria. Pero se advierten síntomas de un despertar a la vida real.

La prensa lleva alguna que otra vez,



Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.



CESARINA DIETRICH

101

—¿Y espera estar sola con él para lo que has querido comer hoy sin más compañía que tu tía y yo?

—Precisamente. ¿Y es un carruaje? Observa si es él y da orden de que no quiero recibir a nadie más.

—¿Quieres que os deje solos?

—No por cierto; ya sabes que no te admito nunca en completa soledad; mi tío me dejará, porque lo exigirá yo; pero quedate tú, te lo ruego.

—Pues yo te aseguro que le dejaré con mucho gusto responder sola de tus locuras, de tus caprichos.

—Comprende, que eso me comprometería.

Anúnciame al marqués y te tomaré la lepra y me quedaré.

—Tanta necesidad de hablarlo, —dijo Cesarina.— Anoche en el baile hiciste la triste figura; ¿lo sabes?

—No sé, y pasado que no me quejo...

—¿No debo quejarme yo? Pues ved ahí; yo no puedo consentir en seguir haciendo el papel ridículo que me destináis. Es preciso poner un término a este estado de cosas que lastima a mi padre y me ofende a mí.

—El remedio es bien sencillo.

—Sí; admitiros como pretendiente oficial. Pero eso no es lo que pido.

—¿No me amas ni más ni menos que el primer día?

100 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

ban encendidas. Cuando pasamos al salón dejó de repente de reír, y llevándose a un lado, me dijo:

—Parece que ni mi padre ni tú queréis conceder vuestro asentimiento a la elección que he hecho: esto no es muy honroso para mí, pero aún no desconfío. Papá ha estado dulce, insinuante, al decirme: lo cual prueba que cederá cuando me vea resuelta. En cuanto a ti, querida mía, será él quien se encargue de modificar tu parecer; yo te lo prometo.

—¿Contáis disponer a vuestro antojo de mi sobrina?

—A tu sobrina me encargo yo de inspirarle confianza; es un trabajo interesante que me retuvo; pero como está ausente esto me dará tiempo para convencer a mi padre de lo serio de mi resolución.

—¿Como sabes que mi sobrina está ausente?

—Porque he tomado informes. Ha partido esta mañana para Leipzig y he contado tomarme esta tregua para librarme de una vez de las enojosas preocupaciones del marqués de la Rivonniere.

—¿Lo has escrito otra vez?

—No; le he hecho decir por Dubois su antiguo ayuda de cámara que me trajo esta mañana un ramillete de esa parte, que dijese a su amo que le esperaba para que nos acompañase a tomar una taza de té; que no se hiciera esperar, porque estoy cansada de ardoche y quiero recogerme temprano.

alguna razón muy poderosa, y si no queréis por cualquier razón decirlo delante de mi hija, creo que me la diréis a mí.

—Eso es, —repuso Cesarina saliendo con impetuosidad.

—Eso es mejor, —dijo Mr. Dietrich cerrando la puerta en cuanto hubo salido su hija. —Vamos a ver decidme la verdad. ¿Teméis veros acusada por este matrimonio, de ambición, de intrigante?

—Sí, señor, sea en primer lugar.

—Vosotros muy por encima de esas habillitas.

—Nada está bastante por encima de la opinión del mundo; nadie me conoce lo bastante para dispensarme de toda premeditación y además estoy en una posición muy precaria para poder contar con amigos; el favor de mi sobrina me crearía envidiosos, y si él se yo soportaríamos la molestia de la envidia de los desgraciados. ¡Oh, señor oncle, nuestra reputación vale más que todas las fortunas para comprometerla así!

—Ninguna de las numerosas personas que vienen a esta casa os permitirá la menor duda sobre la nobleza de vuestro carácter, y en cuanto a Pablo, cierto es que tendrá envidiosos, ¿pero quién no los tendrá si se casa con Cesarina? Si le diera ese temerario, ¿qué remedio tendríamos a toda prosperidad, a toda ventura? Eso es un obsequio químico del que casi podemos prescindir: vamos los otros.